

De nuevo en su corcel, veloz se aleja,
 Y atras los vientos y las olas deja.
 No dudo que, en el resto del invierno,
 Hazañas consumara
 Dignas de fama y de loor eterno;
 Mas su modestia igual á su denuedo
 En profundo silencio sepultólas.
 No es pues mi culpa si narrar no puedo
 Las que, su esfuerzo consumando á solas,
 Nadie sabrá jamás; pues sus victorias
 Por sus testigos solo eran notorias.

Nada se supo pues; mas, cuando al signo
 De Aries el padre de la luz llegando,
 Doró de nuevo la celeste esfera,
 Y Céfito benigno
 Retornó con la dulce primavera,
 Entónces fué cuando á la par se vieron
 De la tierra flotar las flores nuevas
 Y del valor del paladin las pruebas.
 Del llano al valle, solo y afligido,
 Siguiendo va su fatigado viaje,
 Cuando salir del bosque oye un gemido:
 Toma el hierro al momento
 Y su corcel empuja hácia el paraje
 De do sale la voz; mas ya la mia
 Débil y ronca sienta.
 Permitidme, señor, que tome aliento.

CANTO XII.

Éntrase Orlando en el nuevo palacio encantado de Atlante. —
 Encuentra allí á varios guerreros. — Portentosos efectos
 del anillo de Angélica. — Húyese esta por los bosques. —
 Riñen Orlando y Ferragut. — Curiosas discusiones entre estos
 dos guerreros y Sacripante. — Angélica desata y se lleva el
 yelmo de Orlando. — Rompe este guerrero dos huestes de
 sarracenos. — Llega á una cueva y encuentra dentro de ella
 á dos mujeres.

Quando, al volver de la region Idea
 Al valle solitario
 Donde al gigante altivo y temerario
 Los lomos bruma la montaña Etnea,
 De su hija cara descubrir no pudo
 Céres la huella, crudo
 Fué su dolor. En su fatal despecho
 Desgarra sin piedad su hermoso pecho,
 Y arrancando dos pinos,
 Que enciende en las cavernas de Vulcano,
 Uno de ellos agita en cada mano,
 Y en su carro, arrastrado por serpientes,
 Del monte corre al llano,
 Selvas registra, estanques y torrentes
 Y la tierra y el mar, y, desde el mundo,
 Baja en su busca al Tártaro profundo.
 Lo mismo Orlando, en su ferviente anhelo
 De encontrar á su Angélica, corrido
 Hubiera el mar, la tierra, el aire, el cielo,
 Y del eterno olvido,
 Cual Céres, descendiera á las mansiones
 Si su carro tuviera y sus dragones.
 Mas no los tiene; y á caballo agora,
 Agora á pié, buscando á la que adora,
 La Francia recorrió. Luego la España
 Piensa ver y la Italia y la Alemaña,

Y pasar en seguida
 La mar que ruge en torno del Numida.
 Pensando el héroe caminaba en esto,
 Cuando á turbar sus reflexiones viene
 Una doliente voz. Avanza presto,
 Y ante sus ojos un guerrero nota
 Que sobre un gran corcel lijero trota,
 Llevándose por fuerza una doncella
 Que afligida parece cuanto bella.

Solloza aquesta, agítase, y llamando
 Al valeroso Orlando,
 Implora su favor. Ver se imagina
 El conde á la que su ánimo fascina.
 Ciego pues de furor, con voz tremenda
 Al caballero amenazando, grita;
 Y abandonando á su corcel la rienda,
 Con la espuela tras él lo precipita.

Atento aquel á conservar su presa,
 Nada responde, y por la selva espesa,
 Que asorda de su víctima el lamento,
 Corre que apénas le alcanzara el viento.
 Así corriendo el conde á un sitio llega
 Do un palacio magnífico se eleva,
 Cuyos muros, de jaspes fabricados,
 Por hábil diestra fueron cincelados.
 Por una puerta guarnecida de oro,
 Con la dama, el malvado se introduce
 En el bello palacio. Bridadoro
 A su señor hasta el umbral conduce.
 Pásalo Orlando, en el alcázar entra;
 Mas ni al raptor ni á la doncella encuentra;
 Y del arzon saltando, los salones,
 Los pórticos explora, los retretes
 De la estancia inferior. De allí viniendo
 Al piso superior, sin mayor fruto,
 Sus cámaras recorre y gabinetes.
 De seda y oro recamados lechos
 En ellos ve. Cortinas y tapetes

Los muros y los techos
 Y el pavimento encubren; mas no ofusca
 Belleza tanta al paladin, que ansioso
 Solo al raptor de la doncella busca.

Miéntas así por una y otra parte
 Dirige inquieto el paso,
 Al rey de Seribania, á Brandimarte,
 A Ferragut encuentra, y al Circaso
 Vagando por la estancia, á cuyo dueño
 Todos ellos arguyen
 De fraude, de traicion, de robo ó trama.
 De su bridon los unos, de su dama
 La pérdida los otros le atribuyen;
 Cual este objeto y cual aquel reclama,
 Y mientras así los dias y los meses
 En triste cárcel sepultados moran,
 Como y de quien son víctimas ignoran.

Luego que del palacio ha recorrido
 En vano cada estancia
 Mas de una vez el conde, y persuadido
 De que á perder su tiempo se exponia
 Si en seguir se obstinaba á la que, acaso,
 Léjos ya dél con su raptor corria,
 Desciende al verde prado
 De que se halla el palacio circundado.

Miéntas, en torno dél mil vueltas dando
 Por descubrir del fugitivo el curso,
 Recientes huellas en buscar se afana,
 Salir de una ventana
 Piensa una voz oír. De su señora
 Escuchar se figura el eco blando
 Que, así diciendo, su socorro implora:
 « ¿ Con que, en presencia de mi fiel Orlando,
 « Á manos de un ladron veré perdida
 « La joya virginal que me es mas cara,
 « Mil veces mas, que la ánima y la vida?
 « Antes, señor, la muerte
 « Que verme expuesta á tan terrible suerte. »

Alza la vista Orlando; de la virgen,
 Cuya voz escuchó, ver se figura
 La faz resplandeciente de hermosura;
 Y en ansia nueva ardiendo, cada pieza
 Una vez y otra á recorrer empieza.
 De cuando en cuando, empero, se detiene,
 Y, sin poder saber de donde viene,
 La voz de nuevo escucha de la dama
 Que su favor y proteccion reclama.

Pero volvamos á Roger. Ya dije
 Cual, por sendero angosto y desusado,
 Tras del raptor al prado se dirige
 Do, si no me equivoco,
 Era venido Orlando hacia poco.
 Al llegar al alcázar, afanado
 Siguiendo al vil, en sus salones entra
 Roger, mas no le encuentra.
 Cuatro, seis veces, cual Orlando entónces
 Hasta los sitios mas secretos busca,
 Sin comprender en donde
 Con la doncella su raptor se esconde;
 Y ya el paso á dirigir va hácia la selva
 Cuando una voz, cual la que oyera el conde,
 Le hace que al punto hácia el alcázar vuelva.

La misma faz, la misma voz, que iluso
 Tomó por las de Angélica el de Anglante,
 Por la voz y la faz de Bradamante
 Toma Roger. Igual error, confuso,
 Al rey Gradaso deja, á Sacripante,
 A Ferragut y á cuantos
 A los nuevos encantos
 Sucumbieron de Atlante.
 Inquieto por Roger, y de su estrella
 Temiendo siempre el poderoso influjo,
 El sabio viejo á esta morada bella,
 Y ántes á la de Alcina, le condujo.
 Frustrado al ver dos veces su trabajo
 Allí de Carlos, con Roger atrajo

A los héroes de fama esclarecida
 Que hacer pudieran peligrar su vida;
 Y con tal fin solícito detiene
 A tantos en su cárcel, do no hay goce
 Que sus almas no ocupe ó no enajene.
 Ya dije cual Angélica, provista
 Del anillo precioso que á la vista
 Mas perspicaz la esconde,
 Y ante el cual no hay encanto que resista,
 Vestida y restaurada en el albergue
 Del pastor, retornar se proponia
 Al bello reino donde nace el día.

Su corazón de Orlando y Sacripante
 Desdeña la pasión; teniendo empero
 En su larga y molesta correría
 Que dirigir por tanto pueblo el paso,
 Hallar desea escolta y compañía.
 Ansiosa, pues, al uno ú otro amante
 Buscando va. Fortuna al fin la guía
 Al sitio donde Orlando, Sacripante,
 Ferragut y Gradaso
 Presos estaban en poder de Atlante.

Enuelta en la virtud del raro anillo,
 Invisible penetra en el castillo,
 Do á sus amantes ve que, por el arte
 Del mago alucinados, de esta parte
 A aquella van buscándola. Indecisa
 La virgen al mirarlos, no se atreve
 A resolver si al paladin de Anglante,
 O al rey circaso descubrirse debe.
 Con su valor Orlando, bien lo sabe,
 De mas de un riesgo grave
 Libertarla sabrá; mas tambien teme
 Que, en señor erigiéndose, no quiera
 Volver solo al Ocaso
 Cuando ella su apoyo no requiera,
 Mientras dócil, sumiso
 Por cumplir sus mandatos, el circaso

Renunciara á su amor y al paraíso.
 Por él pues se decide. De su boca
 Quita el mágico anillo; y mientras cierta
 Pensaba estar de que iba á ser tan solo
 Por Sacripante vista, descubierta
 Fué por Orlando y Ferragut. Cargados
 Con el yelmo, el broquel y la loriga,
 Que nunca abandonaban,
 Todos, buscando á su invisible amiga,
 Por el palacio sin cesar giraban.
 Desnuda solamente
 Mostraba Ferragut la altiva frente,
 Que juró no cubrir con otro yelmo
 Que aquel que de Troyano
 Aarancó Orlando al infeliz hermano.

No sospechaba el moro en este instante
 Tener tan cerca al paladin de Anglante,
 Ni este pensar podia
 Que ante su vista á Ferragut tenia.
 Un encanto secreto
 A cada cual cegando, le impedía
 Reconocer á los demas. Armados
 Todos, cual dije, del broquel y el peto,
 Confundidos vagaban. Ensilados
 Y prestos sus corceles,
 Pendiente el freno del corazón, comían
 En una estancia próxima á la entrada,
 Bien provista de yerba y de cebada.
 Imposible era pues al mago entónces
 Estorbar á los héroes que montasen,
 Ni que, por ir en pos de su adorada,
 Del espléndido alcázar se alejasen.

La dama en tanto, al verse perseguida
 A un tiempo por los tres, que separados
 Por escolta aceptará agradecida,
 Corre veloz; y así que del palacio
 Se ve distante el suficiente espacio
 Para que obrar sobre ningun caudillo

- Sus encantos el mágico pudiera,
 Abandonando su intencion primera
 De requerir su escolta y compañía,
 Se pone entre los labios el anillo;
 A los ojos de todos desaparece,
 Y su ilusion de nuevo desvanece.
- Cual can que, en medio á su veloz carrera,
 En honda madriguera
 Sumirse ve la tímida raposa,
 Por la selva espaciosa
 Vagan así los héroes confundidos;
 Y, tomando por fin la sola via
 Que por allí descubren, á porfia
 Sus bridones empujan, persuadidos
 De que marchar por otra no podia
 La dama á quien su afán va persiguiendo.
 Invisible ella en tanto, deteniendo
 De su alfana el correr, atrás se queda;
 Y, de su ciega obstinacion riyendo,
 Sus esfuerzos inútiles observa.
- Así corriendo, llegan á un paraje
 Do se pierde el sendero entre la yerba,
 Cuando, lleno de angustia y de coraje,
 Ferragut, cuya frente
 Ciñera dignamente
 Entre los mas altivos la corona:
 « Dejadme solo, » grita con voz fuerte;
 « Dejadme al punto si temeis la muerte,
 « Que es de mi amor desdoro
 « Veros seguir conmigo á la que adoro. »
 — « ¿Qué, » dice el conde Orlando á Sacripante,
 « Qué mas dijera ese hablador villano
 « A la mas vil ramera
 « Que rueca hizo girar nunca en su mano? »
 Y á Ferragut volviéndose en seguida,
 « Bestia feroz, le dice, si á tu labio
 « Acabar esa frase he permitido,
 « Fué por no hacer á mi renombre agravio.

« Con quien sin yelmo está , yo no me mido. »
 — « ¿Porqué mostrarte, » el musulman responde,
 « De lo que nada á mí me importa , inquieto ?
 « Solo y sin yelmo á sostener lo dicho
 « Contra vosotros dos me comprometo. —
 — « ¡ Ah ! por Dios, » dice á Sacripante el conde,
 « Por Dios tu yelmo á ese arrogante presta,
 « A quien va á ser su insensatez funesta. » —
 — « No sé cual de nosotros en tal caso
 « Fuera el mas loco, » dicele el circaso.
 « Si tu demanda te parece honesta,
 « Préstale el tuyo tú, que á dar castigo,
 « Cual tú, yo á ese frenético me obligo. » —
 — « Necios, » replica Ferragut, ¿ acaso
 « Dudais de que si un yelmo yo quisiera,
 « No hubiera ya, de bueno ó de mal grado,
 « De aquesos vuestras sienas despojado ?
 « Si así no lo hice ya, fué que ante el cielo
 « Por voto me he obligado
 « A ceñir solo aquel que en Aspromonte
 « El conde Orlando arrebatara á Almonte. » —
 — « ¿ Cómo ? » interrumpe con sonrisa dura
 El principe de Anglante : « ¿ por ventura.
 « Solo y sin yelmo, piensas ser bastante
 « A alcanzar el del hijo de Agolante ?
 « No, no ; mas bien de Orlando ante la vista,
 « Desde el cabello hasta los pies, temblaras ;
 « Y, léjos de emprender esa conquista,
 « Hasta á tus propias armas renunciaras. —
 — « ¡ Qué ! » replica el altivo sarraceno,
 « ¿ A Orlando en mil encuentros no he vencido
 « Y en mi poder sus armas no he tenido ?
 « Si el yelmo no guardé, fué que propuesto
 « Entónces no me habia
 « El plan que espero realizar bien presto. » —
 « Mientes, vil impostor, mientes mil veces, »
 Lleno de furia le interrumpe el conde.
 « ¿ Cuándo, dime, ni dónde

UNIVERSIDAD DE JENNA 1501
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO DE LIS"
 1464 1465 BRUNNEN, BRUNNEN



TELLIER. DEL. CERRONCHI. SC.
 Combate entre Orlando y Ferragut. (T. I, p. 191.)

« Has venido á las manos con Orlando?
 « Orlando, ese guerrero en cuya mengua
 « Soltó la indiscrecion tu torpe lengua,
 « Ese soy yo, yo mismo, el que arrancarte
 « Se propone las armas que aquí vistes
 « Si en tu impostura insólita persistes.
 « Ventaja alguna sobre tí no quiero, »
 Dice : deslaza el yelmo, que de un haya
 A una rama suspende, y el acero
 Contra el moro dirige. No desmaya
 El musulman, que, su broquel alzando,
 Los golpes para que redobla Orlando.
 Mas recia lid no vió jamas natura.
 En ardimiento iguales,
 En destreza y poder los dos rivales,
 De sus cotas buscaban la juntura,
 Y sin cesar tornaban sus corceles,
 Oponiendo á la espada los broqueles.
 No sé, señor, si referido os llevo
 Cual fuese, en todo el busto,
 Invulnerable el musulman robusto,
 Excepto en aquel punto reducido
 Por donde toma de la vida el cebo
 El niño no nacido;
 Punto que hasta su muerte
 Llevó por tanto el moro protegido
 Con siete chapas del metal mas fuerte,
 Dura mas que el diamante
 La piel era asimismo del de Anglante,
 Que penetrar el hierro
 Solo en las plantas de los pies podia.
 Por eso resguardada aquella parte
 Llevaba siempre con esmero y arte.
 De adorno, pues, mas bien que de defensa,
 Su fuerte cota á cada cual servia.
 Sobre ellas á la vez los dos guerreros
 Vibraban furibundos sus aceros,
 Mientras que Sacripante de la dama,